



Cuentos de horror sobre leer y escribir

Diana Carolina Quintero*

En su nuevo libro cada página tenía un impresionante dibujo a colores, pero la que a él más le gustaba era la de un blanco pegaso que perseguía por los cielos a un fénix verde, cuyo rostro se escondía entre las nubes, mientras le sacaba ventaja en la carrera al hermoso caballo.

Le gustaba tanto, que un día tomó el mejor de sus crayones, el del color que siempre le había hecho sonreír y escribió una historia donde el pegaso ganaba, y escribió la historia sobre el dibujo, para que él y las palabras se conocieran y el caballo supiera que él vencía.

Su historia y el dibujo se estaban conociendo como presente y futuro hasta que su padre llegó levantó el libro con cara de disgusto y lo tiró sobre el armario, ladrándole la prohibición de volver a coger los libros porque seguramente los iba a arruinar como había hecho con el libro de mitología de su hermana mayor.

- ¡Por Dios, Cristina! ¿Es qué no vas a poner atención en la clase?
- (Silencio)
- Mira que si sigues así, nunca vas aprender a leer y a escribir, ¿entiendes?
- Sí señora –(murmuro como grillo la asustada niña).
- Entonces, mira el tablero y haz la plana bien, porque esas *m* no parecen montañas sino babosas.

Y la niña suspiró profundamente, tomó el lápiz y miró por última vez las hermosas letras del póster con los que su maestra había decorado el salón y miró también la *m* del tablero que se suponía parecía montaña.

“La llubia purpula de mi corason
Cae como cristal al suelo,
Cuando tus ojos ermosos
Me dedican una mirada
De ada escondida,
Con ese haire perdido
Que solo tus ermosos ojos
Sabén hadoptar
Cuando me miras
A mi”

- No sé qué les enseñan en el colegio, definitivamente.
- ¿Te gusta mami?
- No, claro que no me gusta, esa ortografía está espantosa.
- ¡Ah!
- ¿Esta es tú tarea?
- No, mami, yo...
- ¿No deberías estar haciendo la tarea? Tú vas al colegio a aprender a escribir bien, ¿no? Entonces ponte a escribir tus deberes, en vez de estar perdiendo el tiempo.

* Estudiante de licenciatura en pedagogía infantil de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas.



Corría por un pasillo blanco, esterilizado, donde no había nadie, ni se oía ningún ruido, y corría con prisa por salir de allí pero no podía ver la salida, entonces vio una puerta grande de color gris acerado y, como era eso o un interminable infinito de blancura, entro.

Allí había cientos de libros puestos en estanterías altas como catedrales, y mientras caminaba sus pasos sonaban acompañados de ecos polvorientos, las sombras perversas jugaban entre los libros mientras avanzaba a ninguna parte.

Entonces y sin previo aviso, un sonido de carrera venía en aumento por el pasillo, sonaba como una jauría de perros al acecho de una presa y fue cuando comprendió en un segundo que él era la presa y echo a correr a toda velocidad, pero mientras corría los libros se derrumbaban sobre él cerrándole el camino, obligándolo a hacer giros y tomar atajos imposibles, mientras el ruido de sus perseguidores iba en aumento, ensordeciéndole los oídos.

De repente llegó a una pared y al final de la carrera, porque a izquierda y derecha había una cascada de libros que parecía interminable, se agachó, agazapándose en sus propios brazos, con la cabeza escondida

y oyendo como le cercaban. Entonces, cuando solo se oía el silencio, levantó la cabeza y vio con espanto cómo las vocales se le echaban encima.

Fue ahí cuando despertó sudoroso en su cama, recordando que mañana la señorita profesora les preguntaría las vocales de memoria.

«Aquí yace mi primer libro, conocido también como la aventura del ABC».

Fue lo que quise haber escrito sobre el montoncito de tierra del jardín donde di muerte a las palabras y enterré su cadáver antes de que ellas se volvieran contra mí, como lo hicieron con mi hermana que en este momento llora sobre su cama porque el señor Cervantes –que su profesora le presentó– no pasó por la clase de ortografía de segundo grado, con sus reglas y todo eso que mi hermana sí vio; porque mi hermana dice que ese señor no sabe escribir como se debe y por eso es que ella no sabe qué le quiere decir, entonces, como no sé cómo escribir, solo diré que descanse en paz el abecedario, aunque me pregunto: ¿regresará como zombi cuando yo entre al jardín?



Tomando nota, Fotógrafo: Hernán Garcés